

LA HISTORIA DE NUESTRAS CIUDADES(*)

- I) Consideración histórico-universal. — II) La historia de nuestras ciudades. — III) La sociología de las ciudades.

I. CONSIDERACION HISTORICO UNIVERSAL

La historia de las ciudades antiguas ha tenido y tiene una extraordinaria importancia, originada en el hecho de ser ciudades-estados, de modo tal que la historia de la ciudad, inculdo por supuesto el estudio de las instituciones de la ciudad, es al mismo tiempo la historia del Estado nacional, que sólo rebasaba las puertas y murallas para ejercer su influencia en cierto radio, a veces limitado a comarcas vecinas, a veces dilatado como en Atenas en la época de Pericles, y aún a casi todo el mundo conocido, como el de Roma en la culminación de sus conquistas.

La aludida importancia de la historia de las ciudades antiguas es a todas luces evidente. Baste recordar que en este género figura Aristóteles con su *Constitución de Atenas* y Maquiavelo con su *Historia de Florencia*. Y que entre los historiadores modernos hallamos a Gregorovius con su *Historia de la Ciudad de Roma en la Edad Media* (8 volúmenes) y su similar *Historia de Atenas* ⁽¹⁾, a Fustel de Coulan-

(*) El autor preparó este trabajo especialmente para el IV Congreso Histórico-Municipal Interamericano (Buenos Aires-Mar del Plata, 12-19 octubre de 1949) al que concurrió integrando la delegación de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario.

(1) GREGOROVIVS, Ferdinand, *Roma y Atenas en la Edad Media y otros ensayos*, ed. Fondo de Cultura Económica, (México, 1946).

ges con *La Ciudad Antigua* (2) y a Glotz con *La Ciudad Griega* (3).

Otra suerte corren las ciudades modernas, debido a la formación de nacionalidades de dilatada extensión, y ven perderse el interés de los historiadores por su pequeña historia particular, interés que ahora se concentra en la política nacional e internacional, y en la cultura, superadora de los límites geográficos. A esta suerte que corren las ciudades interiores no escapan las respectivas metrópolis, que ahora son vistas como la cabeza y el corazón donde se concentra la más alta vida nacional, perdiéndose, en consecuencia, el latido del propio corazón municipal.

Entre los nuevos estudiosos de la historia de la cultura, las ciudades han vuelto a contar con particular atención. Así, por ejemplo, vemos a Sánchez-Albornoz, el erudito medievalista español, profesor de la Universidad de Buenos Aires, evocar la vida de León en el siglo X, en unas deliciosas estampas en las que, como dice Menéndez Pidal, nos guía al mercado, nos introduce en los palacios, en las iglesias, en las casas de la Ciudad Regia, y nos hace asistir a momentos ordinarios y a momentos solemnes de la vida de entonces (4).

Turner, por su parte, trata magníficamente las grandes tradiciones culturales de la humanidad, con especial referencia a las antiguas culturas urbanas (5).

Una extraordinaria interpretación de la evolución de las ciudades, desde la ciudad medieval a la de nuestros días, pasando por la ciudad barroca de los siglos XVII y XVIII y la ciudad-carbón del siglo XIX, es la de Lewis Mumford en su

(2) FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua*, ed. Emece, (Buenos Aires, 1945).

(3) GLOTZ, G., *La ciudad griega*, Bibliot. de Síntesis Histórica "La Evolución de la Humanidad", ed. Cervantes, (Barcelona, 1929).

(4) SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *Una ciudad hispano-cristiana hace un milenio. Estampas de la vida en León*, ed. Nova, (Buenos Aires, 1947).

(5) TURNER, Ralph, *Las grandes culturas de la humanidad*, ed. F. de Cult. Econ., (México, 1948).

gran obra de historiador, sociólogo y urbanista, *La cultura de las ciudades* (6).

Recordemos, por último, la monumental *Historia de Roma*, desde sus orígenes hasta nuestros días, que vienen publicando los grandes historiadores italianos agrupados en el Instituto de Estudios Romanos.

Quien descubrió en la época moderna el valor de la historia de las pequeñas ciudades regionales fué el alemán Justo Möser con su *Historia de Osnabrück*. Aludimos al "valor de la historia", no por su directa referencia a la propia ciudad, tomada en sí y por sí, sino en función de la vida histórica nacional. Cada ciudad o pueblo es una célula en el proceso vital de una nación y analizándolas, llegando a comprender su razón de ser en el todo nacional, captaremos no sólo el íntimo sentido del pasado local, integrador de la nación, y conoceremos de raíz los problemas presentes, sino que alzaremos la vista al porvenir de la patria. Las ciudades se construyen con vistas al futuro. Los hombres, al amasar su propio, individual destino, con su trabajo diario, amasan, inconsciente o conscientemente, el común destino ciudadano, cuya conciencia más esclarecida se halla en ese arquitecto de la ciudad que es el urbanista. pero cuya conciencia primigenia se halla en el heroico fundador, llámese Rómulo o Juan de Garay.

Justo Möser nació en 1720 en el arzobispado de Osnabrück. Allí transcurrió su vida hasta su fin en 1794. "Osnabrück, dice Meinecke (7), era un compendio de aquellas antigüedades del viejo Imperio que los pequeños territorios habían conservado con mayor fidelidad que los grandes estados. Capa por capa podía ir descubriéndose aquí una historia milenaria. El tipo de vida, la elección de residencia, la arquitectura campesina, todo estaba tocado del viejo estilo germá-

(6) MUMFORD, Lewis. *La cultura de las ciudades*, (2 vols.), ed. Emece, (Buenos Aires, 1945).

(7) MEINECKE, Friedrich. *El historicismo y su génesis*, ed. F. de C. E., (México, 1943), cap. VIII.

nico. Möser ha descrito de manera inolvidable la labradora de Osnabrück que, sentada en el centro de la casa y vigilándolo todo, es la estampa de antiquísima tradición. Sobre este fondo se suceden las capas posteriores: feudalismo y servidumbre, cabildo catedral, órdenes de caballería, ciudad y burguesía con sus instituciones autónomas” (p. 262).

Su vida influyó sobre su sentido histórico. “El fundamento de éste lo constituía el amor al pasado patrio y a sus vestigios, el goce que siente el aficionado a las antigüedades ante el aroma y encanto de las cosas que fueron” (Meinecke, p. 264). “Enseñó la tradición porque él mismo era tradición. Amó lo viejo como se ama el jardín de la casa de los abuelos donde se ha jugado de niño” (p. 265). Pero en Möser este amor a lo antiguo se convirtió en un amor consciente, que comprueba, compara y reflexiona. Möser pasó del tradicionalismo al historicismo.

Meinecke nos dice que Möser se ocupaba de Osnabrück, pero pensaba en el pueblo alemán y que, en la introducción de su *Historia*, revela con orgullo que aún ocupándose de un objeto concreto escogido por él, lo utilizaría como medio para poder dar a la historia alemana, en general, un giro totalmente nuevo (p. 271). El arzobispado de Osnabrück, que contaba apenas 120.000 habitantes, llegó a ser para él un microcosmos del mundo histórico y principalmente del hombre histórico (p. 274). Möser “dió el primer gran ejemplo de cómo el fervor por lo pequeño se puede subsumir en una perspectiva del mundo de gran estilo. Arrancó a las pequeñas cosas, que observó y estudió, su más profundo sentido; sacó a relucir todo lo que en las fuerzas históricas, concretas e individuales, se ocultaba, e hizo, de lo así manifestado, símbolo y ejemplo de la individualidad histórica y de la dinámica en general; y enseñó a considerar todo lo individual sub specie aeterni. Esto hace de él, junto a Herder, el primer iniciador del historicismo” (p. 303).

II. LA HISTORIA DE NUESTRAS CIUDADES

Los primeros estudios acerca de nuestras ciudades surgen en las últimas décadas del siglo pasado y se continúan en la primera del actual. Se mantienen todos ellos en la categoría de la crónica política, pues llevan el estricto orden cronológico en los sucesos grandes y menudos y no rebasan el plano político para enfocar la actividad económica, social y cultural. He aquí los principales representantes del género: Buenos Aires tiene por cronistas a Alberto Martínez (1885), A. Galarce (1886), Mariano A. Pelliza (1889) y Manuel Bilbao (1902), y por investigador a Eduardo Madero con su *Historia del Puerto de Buenos Aires* (1892); el mismo Pelliza (1890 y 1904) estudia a Córdoba, en tanto que Damián Menéndez (1890) escribe la historia de San Nicolás; Eudoro y Gabriel Carrasco (1897) elaboran los *Anales de Rosario*, Adrián Beccar Varela (1906) la historia de San Isidro y Manuel M. Cervera (1907) la de Santa Fe. Algunas de éstas dejan mucho que desear en punto a manejo de fuentes y materiales, como lo ha señalado Carbia⁽⁸⁾. La de Cervera es no sólo la de un erudito riguroso, sino que muestra ya la visión amplia del historiador, alzándose por sobre las limitaciones del cronista. En cuando a Madero, reconoce Carbia (p. 172) que logró abrir un nuevo horizonte en la historiografía del país.

Entre éstas y las nuevas producciones se halla una obra capital en la historiografía argentina. Se trata de *La ciudad indiana* de Juan Agustín García⁽⁹⁾. Publicada en 1900, su aparición fué saludada y aquilatada por el severo crítico que era Pablo Groussac, quien afirmó que estaba destinada a arrojar viva luz en la historia de los orígenes argentinos; por A. Morel Fatio, H. Leonardon y otros en impor-

(8) CARBIA, Rómulo D., *Historia crítica de la historiografía argentina*, ed. Biblioteca Humanidades, (La Plata, 1939).

(9) GARCÍA, Juan Agustín, *La ciudad indiana*, ed. Estrada, (Buenos Aires, s/f).

tantes revistas históricas europeas, y principalmente por Miguel de Unamuno, quien dedicó largas páginas a reseñarla y valorarla.

Discípulo de los historiadores sociológicos franceses: Taine, Renan, Fustel de Coulanges, de éste último no sólo por *La ciudad antigua*, en que se inspiró, sino por la totalidad de su obra, García trató el asunto histórico desde un punto de vista rigurosamente sociológico, desusado entre nosotros. Su tema es la sociedad colonial, pero como lo indica el subtítulo, trata acerca de “Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII”. Como dice Carbia (p. 287): “el mismo título del libro es también un acierto. Nuestra historia es urbana; todo se ha desenvuelto en la ciudad y en torno del cabildo”. El defecto principal de García es el de presentarnos una ciudad demasiado estática, esquemática, y abstracta. “Pero como quiera que sea —dice Carbia (p. 289-90)— me reafirmo en el concepto de que *La ciudad indiana*, con defectos y todo, tiene un respetable significado en el proceso de nuestra historiografía, pues representa un llamado a la reflexión para los divagadores sociológicos, que ya habían comenzado a aparecer en nuestro medio. El libro de García señala, a mi modo de ver, el punto de partida de la revisión de los juicios —o prejuicios— con que se había elaborado nuestra historia colonial, y es el primer trabajo bien intencionado de los que se han hecho en el país para bucear, en la entraña, los orígenes de la sociedad argentina. Los que vengan, no cabe duda, mejorarán la obra de García, la purificarán de sus errores y la completarán en sus detalles; pero todos tendrán que hojear sus páginas, y nadie podrá pasar volcando desprecio olímpico sobre ella. Representó un esfuerzo de sistematización, realizó, por la primera vez en nuestro medio, un ensayo a la europea”.

El enfoque sociológico abstracto y estático de Fustel de Coulanges y de García debía ser renovado con el historicismo de los nuevos investigadores; y así como en lo que respecta a la antigua ciudad griega realiza esta tarea Gustavo Glotz,

así también el estudio de nuestra ciudad indiana es ahondado por Adolfo Garretón en su *Municipalidad colonial* (10), bien que circunscribiendo su misión a los primeros setenta años, o sea hasta el gobierno de Jacinto de Lariz, a mediados del siglo XVII.

Llegamos con esta última obra a las producciones nuevas sobre nuestras ciudades, entre las que destacamos la *Historia de la Ciudad de Buenos Aires* (1936-37), en dos nutridos volúmenes, de Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, minuciosa historia que lamentablemente queda interrumpida en 1800, aunque entendemos que hay continuación inédita; *Buenos Aires en el siglo XVII*, de R. de Lafuente Machain; *Historia de la ciudad de Las Flores*, de Alfredo Vidal (1934); las publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, que bajo la eficiente dirección de Ricardo Lavene ha realizado la *Historia de la Provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, en dos grandes volúmenes (1940-1), y en una serie titulada "Contribución a la Historia de los pueblos de la provincia de Buenos Aires" ha editado más de una veintena de estudios entre los que destacan la *Historia de Pergamino hasta 1895*, de Luis E. Giménez Colodrero (1945), *La Historia de Zárate (1689-1909)*, de Vicente Raúl Botta (1948), y las historias de San Nicolás de los Arroyos, de Adolfo Garretón (1937) y de José E. De la Torre (1938), esta última ampliada luego y reeditada por su autor (11).

El Instituto Agrario Argentino ha publicado la obra de Alfredo C. Vitulo, *Reseña histórica de Río Cuarto* (12).

En forma amena, liberada de las probanzas eruditas y dirigida al gran público culto, han dedicado breves volúme-

(10) GARRETÓN, Adolfo, *La municipalidad colonial*, ed. Menéndez, (Buenos Aires, 1933).

(11) DE LA TORRE, José E., *Historia de San Nicolás de los Arroyos*, ed. Rosario, (Rosario, s/f.).

(12) Tomo I de: *Reseña general, histórica, geográfica y económica del Departamento de Río Cuarto (Prov. de Córdoba)*. (2 vols.), (Buenos Aires, 1947).

nes Juan Pablo Echagüe a San Juan y Miguel Solá a Salta (13).

En la provincia de Santa Fe cobra una fisonomía particular la ciudad de Esperanza, fruto de una de las empresas de colonización más ordenadas y conscientes. Fué fundada en 1855 por el salteño Aarón Castellanos, que contrató en Suiza 200 familias de colonos. Uno de los preclaros descendientes de aquellos esperanzados pioneros, el P. Pedro Grenón S. J., ha realizado a los 80 años de existencia de la ciudad de sus mayores, una labor heurística de gran importancia captando las noticias de los testigos presenciales que van desapareciendo, y recolectando los documentos y monumentos que el tiempo ha respetado hasta hoy (14).

En *Teodolína. Reminiscencias históricas*, Eusebio Guasp (1946) ha hecho la historia de un pobre pueblo del sur santafesino, ahogado, como tantos, por el latifundio. Otras poblaciones de mi provincia van siendo historiadas, como *Pueblo Miguel Torres*, por Esteban Homet (1946).

Un lugar aparte merecen la *Historia de Rosario* de Juan Alvarez y la *Historia de la ciudad argentina*, de Amílcar Razori.

Mi ciudad, que ya había sido biografiada por el poeta Fausto Hernández (15), tiene en Juan Alvarez al gran historiador, irónicamente amable con las viejas costumbres y agudamente consciente de los problemas económicos del período de su rápido ascenso y de su actual estancamiento. Alvarez estaba preparado para esta gran historia, no sólo por su paciente búsqueda en archivos locales y nacionales, sino por obras tales como el *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* (1910) y el *Estudio sobre las guerras civiles argentinas* (1912).

(13) En la colección "Buen Aire", ed. Emecé.

(14) GRENÓN, P. Pedro, *La ciudad de Esperanza (Prov. de Santa Fe). Historia documentada e ilustrada*, (3 vols.). Tomo I (Córdoba 1939).

(15) HERNÁNDEZ, Fausto, *Biografía de Rosario*, ed. Ciencia, (Rosario, 1939).

En la *Historia de Rosario* ⁽¹⁶⁾, señala cómo, desde los tiempos del dominio español, esta ciudad no ha cesado de contribuir con su sangre y sus recursos a la solución de cuantos problemas agitaron al país. Cómo hasta 1852 vegetó oscuramente como pequeña población de campaña y desde esa fecha ha experimentado un rápido acrecentamiento. A este respecto dice: “¿No habrá sido transitorio ese aceleradísimo ritmo de crecimiento? Tal uno de los problemas que este libro se propone analizar. Un pueblo que nace espontáneamente, sin que nadie se cuide de fundarlo, y librado en gran parte al efecto de factores naturales favorables o iniciativas individuales logra transformarse en la segunda ciudad argentina, no tiene par ciertamente en nuestro país. A ese solo título, ya sería interesante el estudio de su desarrollo” (p. 11).

Uno de los grandes méritos de esta historia es traer el relato hasta 1939. Como el propio Alvarez lo dice: “No es usual proceder así, pues los escritores prefieren limitarse a narrar lo muy viejo, que ya fué materia de múltiples investigaciones, cribas y debates; mas alguien ha de ser el primero. Una historia de Rosario donde no figuren la presidencia Mitre, ni la guerra del Paraguay, ni la conquista del desierto, ni la implantación del sufragio libre, ni la creciente llegada de brazos y capitales extranjeros, una historia que, prescindiendo de ferrocarriles, telégrafos, fábricas y automóviles se detenga en el momento en que la ciudad, habitada por sólo diez mil personas, careció de pavimentos, tranvías, obras de salubridad, alumbrado a gas, y hasta de recolección de basuras domiciliarias, ofrecería escasos elementos de criterio para comprender cómo, ocho décadas después, esa misma población logró sobrepasar al medio millón de habitantes” (p. 11-12).

Por último, Alvarez no olvida la perspectiva nacional. Sabe bien que el estudio de cada ciudad o región aclara el

⁽¹⁶⁾ ALVAREZ, Juan, *Historia de Rosario (1689-1939)*, ed. del autor, (Buenos Aires, 1943).

panorama total y nos afirma que: "El estudio del pasado de Rosario puede contribuir al esclarecimiento de un importante problema. No es ya la extensión, como antaño, el más grave mal de la República: vencido el desierto por los modernos medios de transporte, preocupa ahora el extraordinario y anormal desarrollo de Buenos Aires. La naturaleza coloca en un sitio al cerebro, en otro al corazón, y así lo demás; pero los argentinos, desafiando peligros graves, hemos resuelto instalarlo todo sobre las pocas leguas cuadradas que ocupa la capital federal, adormecidos en una adoración narcicista de la deslumbrante metrópolis" (p. 9).

Tres grandes volúmenes ha dedicado el erudito Amílcar Razori a la historia de la ciudad argentina (17). Se propuso, y lo ha logrado, escribir una Historia que tenga siempre en miras los atributos de los cuatro elementos esenciales e inseparables que integran la ciudad: el territorio, la vivienda, el planeamiento y la comunidad. "Los dos primeros —dice— corresponden al orden físico y actúan de modo estático; los dos últimos dan un carácter vivo y humano al centro gregario, y el cuarto, que tiene por causa y coeficientes el juego de los tres restantes, asume manifestaciones abstractas y sociales" (p. 8).

Y agrega: "Nuestros afanes buscan investigar: ya las formas del nucleamiento autóctono precolonial, ya las distintas etapas de la colonización foránea, ya los diversos sistemas de urbanización internos, y seguir a la masa humana nativa, oceánica o criolla, en su duro esfuerzo por conseguir el dominio de la tierra argentina y el goce de sus riquezas, porque en esa ruta cuatrisecular, la Ciudad es siempre el primer instrumento de efectiva conquista. El origen de los núcleos gregarios descubre las causas geográficas, económicas o políticas, las fuerzas individuales o colectivas, los motivos físicos, naturales o étnicos que dan base, desarrollo o perduración a la forma urbana de nuestro país" (p. 9).

(17) RAZORI, Amílcar, *Historia de la Ciudad Argentina*, (3 vols.), ed. López, (Buenos Aires, 1945).

En base a estos criterios, ordena el plan de su vasta obra que no sigue un orden cronológico, pero en cambio aspira a descubrir el proceso genético y evolutivo de la Ciudad en base a sus causas originarias y fundamentales. Queda, pues, dividida la forma urbana argentina en las siguientes instituciones (p. 16):

I — La Ciudad aborígen precolonial o sea el nucleamiento gregario del nativo antes de la penetración ibérica.

II — La Ciudad territorial, fruto inmediato de la colonización española que, en el transcurso de los años 1536 a 1683, surge al par como un ente urbano y una organización política y jurídica con extenso recinto rural.

III — El Fuerte de la guerra contra el indio en todos los períodos.

IV — La Reducción.

V — Las ciudades por urbanización deliberada durante el coloniaje.

VI — Las ciudades, que en cualquier momento posterior a 1536, son consecuencia de una aglomeración espontánea.

VII — Las ciudades argentinas que también radican en base a una urbanización deliberada después de 1810.

Amílcar Razori ha levantado con benedictina y minuciosa labor, un monumento historiográfico que será imprescindible fuente para todos los historiadores y sociólogos que en adelante ahonden el estudio de nuestras ciudades más allá de donde lo condujera este prolijo y serio investigador.

III. LA SOCIOLOGIA DE LAS CIUDADES

En el hermoso prólogo que Enrique de Gandía ha puesto a la *Historia de Pergamino*, de Giménez Colodrero⁽¹⁸⁾. campea un punto de vista romántico y tradicionalista que entendemos debe ser completado —no negado— con la investigación sociológica. Conexa con esta actitud observamos en

(18) GIMÉNEZ COLODRERO, Luis E., *Historia de Pergamino hasta 1895*, ed. Archivo Hist. de la Prov. de Buenos Aires, (La Plata, 1945).

Gandía una consideración histórica que le hace afirmar —paratiendo de la base que “la historia de una ciudad, es, en síntesis, la historia de una nación”— que “un pueblo es una parte de la nación y si muestra prosperidad o enfermedades es porque la nación es próspera o enferma”, pero que hay excepciones que no deben ser tenidas en cuenta. A este respecto aclara: “En ciertos casos hay pueblos que no pueden, por ningún concepto, presentarse como muestras de la nación. El hecho se debe a que esos pueblos sólo forman parte de la nación por el círculo geográfico en que se encuentran y no por la sangre y el espíritu que vive en ellos”. Y agrega: “Los pueblos alejados, semimuertos y semiabandonados, en manos de caudillos provinciales, no forman, ni socialmente ni históricamente, parte del gran conjunto que constituye la nación. Son apéndices a la nación o partes atrofiadas que esperan, a veces siglos, un soplo reparador. Las causas de estas enfermedades se deben a la geografía y, en especial, al caudillismo”.

Hay aquí un cierto menosprecio por los pueblos enfermos o vencidos, y en consecuencia, el historiador, desdenándolos como objeto de su estudio, dirigirá su atención hacia los triunfantes y afortunados. No es éste el criterio de Eusebio Guasp, que, como hemos visto, ha escrito la historia de Teodolina, víctima del latifundio. Y aquí se plantean dos puntos de vista sobre la misión del historiador. ¿Debe, diagnosticada la enfermedad de un pueblo, desentenderse de la suerte que corra, o más bien, luego de investigar la causa real de su mal, denunciarlo y estudiar y proponer los medios de combatirlo?

La actitud romántico-tradicionalista a que me refería radica en las razones que abona acerca de la necesidad de hacer la historia de nuestros pueblos y ciudades, y sobre la forma de hacerla. “Nada hay desdeñable en la historia —dice— y el historiador consciente y honesto debe recoger todo dato que represente una realidad y una voluntad. Es con el conjunto de datos menudos y abundantísimos que se consigue

formar obras completas y duraderas. Los datos al parecer insignificantes tendrán mañana un valor de curiosidad y de significación extraordinario. Lo que hoy parece intrascendente será en el futuro muy trascendente". "Es preciso, por tanto, salvar en la realidad y en el recuerdo todo lo que ha existido en el pasado y existe en el momento presente. La recordación debería completarse con la fotografía". Y concluye: "No debemos, pues, los historiadores, los que tenemos la sagrada misión de recordar a los muertos y hacer justicia y honor a sus esfuerzos, a sus sacrificios y a sus ilusiones, desdeñar el pasado o el presente, por humilde o demasiado sabido. Lo que hoy es vulgar y no merece atención, mañana no lo será y atraerá la curiosidad y, tal vez, la admiración. Salvemos el pasado, porque en él están nuestros orígenes y el secreto de nuestra fuerza presente y futura, y porque en él, sobre todo, aún sueñan las almas de nuestros padres".

Hermosas y justas palabras, pero que no nos dan una visión completa de la función del historiador. Gandía se mantiene en el tradicionalismo, el mismo tradicionalismo que, como Meinecke nos ha hecho ver, superó Justo Möser para alcanzar la nueva ribera del historicismo, es decir la comprensión integral del mundo histórico.

No es sólo el cronista local, encariñado con sus tradiciones lugareñas, quien debe levantar un monumento historiográfico a su ciudad o pueblo. Es necesario también que el investigador científico, —antropólogo social o culturólogo— se acerque objetivamente a una población y nos dé el resultado de su trabajo de campo. Voy a recordar dos ejemplos extranjeros.

Bajo los auspicios de la Institución Carnegie de Washington se realizó en colaboración, por un grupo de investigadores, un trabajo de campo en Yucatán. El Dr. Asael Hansen y su señora hicieron el estudio de la ciudad de Mérida, donde residieron de 1931 a 1934. Robert Redfield y su señora trabajaron en la villa de Dzitás en 1933. Alfonso Villa Rojas estudió el pueblo de Chan Kom, donde fué maestro de la

escuela de 1927 a 1931 y posteriormente investigó las tribus mayas de Quintana Roo, especialmente la de Tusik, en 1936. El trabajo de cada uno de estos investigadores fué examinado y discutido ampliamente por los demás. Los resultados están expuestos en varios informes y publicaciones, de los cuales el más accesible es la obra de Redfield, *Yucatán. Una cultura de transición* (19), en la cual se consagra un capítulo a la caracterización de "Ciudad, villa, pueblo y tribu".

Un estudio histórico sociológico novedoso es el realizado por Robert y Helen Merrell Lynd (*Midletown*, 1929; *Midletown in Transition*, 1937). Tuvieron la idea de estudiar una comunidad contemporánea de su país, los Estados Unidos, a fin de apreciar sus condiciones de vida, las ideas e intereses que mueven a esas gentes, las costumbres que poseen. Ernesto Montenegro nos cuenta (20) que con tal objeto escogieron, después de maduras consideraciones, una ciudad de cuarta o quinta categoría del estado de Indiana, la ciudad de Muncie, próxima al centro geográfico de la nación, un pueblo ni demasiado agrícola ni con exceso industrializado. Una ciudad como otras mil de los Estados Unidos, en proceso de transformación y crecimiento. El estudio debía concretarse al período que vá de 1890 a 1925. Nos explica el articulista citado que: "Con el fin de alcanzar la mayor objetividad posible en sus investigaciones, procedieron a instalarse allí por un año entero, tomando una oficina en el centro comercial y repartiéndolo sus observadores en puntos estratégicos. El trabajo fué dividido estratégicamente hasta cubrir todas las actividades importantes del hogar, de los comercios, iglesias, escuelas, gobierno local, entretenimientos y manifestaciones culturales. Al mismo tiempo iban confrontando los cambios que se operaron en aquellos treinta y cinco años a través de recuerdos personales y colecciones de impresos". Mumford ha

(19) REDFIELD, Robert, *Yucatán. Una cultura de transición*, ed. F. de C. E., (México, 1944), cap. II.

(20) MONTENEGRO, Ernesto, *Un pueblo bajo la lente*, en La Prensa, 10-X-48.

calificado de hábil y admirable a esta investigación de los Lynds, aunque apunta una debilidad: la falta de utilización de las disciplinas geográficas.

Luego de la investigación de campo, expuesta en la monografía, corresponde el ensayo de interpretación, sociológica y filosófica a fin de lograr la captación del sentido y significado de la ciudad en las diversas culturas y obtener una perspectiva adecuada para la comprensión de las necesidades futuras del hombre. Esta labor de reflexión y esclarecimiento, que cuenta con puntos de partida iniciados por filósofos de la historia como Spengler⁽²¹⁾ y sociólogos como Max Weber⁽²²⁾, ha sido realizada, para los dos ejemplos relatados, por los propios Redfield y Lynds, respectivamente.

¿Qué se ha hecho sobre sociología de nuestras ciudades, en trabajo de campo, investigación de gabinete y ensayos de interpretación?

En trabajo de campo, prácticamente nada. En investigaciones de gabinete, uno de los pocos estudios iniciados es el de Gino Germani⁽²³⁾ sobre la clase media de la capital federal realizado en el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, basado en el análisis del cuarto censo general de la ciudad. Corresponde que nuestras Universidades formen sociólogos y antropólogos que aborden el estudio de nuestras regiones, ciudades y pueblos.

Buenos Aires ha llamado desde tiempo atrás la atención de nuestros pensadores por la cantidad de graves problemas que ha planteado en nuestra vida económica y política desde que la Revolución de Mayo alteró y desorganizó la antigua estructura de la época de la dominación hispánica. En 1810 surgió la oposición de Buenos Aires y el interior que llega, insoluble, hasta el día de hoy. Toda nuestra historia interna

(21) SPENGLER, Oswald, *La decadencia de Occidente*, (4 vols.), ed. Calpe, (Madrid, 1926), vol. III, cap. II: Ciudades y Pueblos.

(22) WEBER, Max, *Economía y sociedad*, (4 vols.), ed. F. de C. E., (México, 1944), vol. III, parte VIII: La ciudad.

(23) GERMANI, Gino, *La clase media en la ciudad de Buenos Aires*, en Boletín del Instituto de Sociología, N° 1, (Buenos Aires, 1942).

ha girado sobre esta oposición. Las producciones de nuestros pensadores van desde la *Argirópolis* de Sarmiento (1850) y los estudios constitucionales y económicos de Alberdi, pasando por *Las dos políticas* (1858) y los artículos de "El Río de la Plata" (1869), de José Hernández⁽²⁴⁾, hasta el *Buenos Aires* (1918), de Juan Alvarez⁽²⁵⁾ y el de Bonifacio del Carril⁽²⁶⁾ y *La cabeza de Goliat*, de Ezequiel Martínez Estrada⁽²⁷⁾.

Con esta última obra llegamos a los ensayos de interpretación. En *La cabeza de Goliat*, el agudo pensador de *Radiografía de La Pampa* nos dá una visión íntima y un análisis microscópico completo de todas las facetas porteñas, pasadas y presentes. Martínez Estrada no sólo conoce a fondo la literatura mundial y argentina, sino los mil rincones de Buenos Aires. Ha realizado entre nosotros lo que recomienda Mumford (III, 37), cuando nos habla de la importancia de la investigación minuciosa, directa y viva, pues el mejor documento es la propia ciudad con todo su tránsito, y los movimientos y los gestos de sus habitantes.

Enrique C. Corbellini, que ya antes había estudiado las rutas de los fundadores de nuestras ciudades, acaba de realizar una original y fina interpretación de la revolución de la Independencia americana, ahondando en el estudio de su carácter urbano, en marcado contraste con el predominio de lo campesino en la Península. Analiza el estado de las ciudades americanas y la evolución de su población, como asimismo la situación española y llega a la conclusión que: "La metrópoli tenía más vida colonial que América; ésta más alma de metrópoli que España"⁽²⁸⁾.

(24) HERNÁNDEZ, José, *Prosas*, ed. *Futuro*, (Buenos Aires, 1944).

(25) ALVAREZ, Juan, *Las guerras civiles argentinas y El Problema de Buenos Aires en la República*, ed. La Facultad, (Buenos Aires, 1936).

(26) DEL CARRIL, Bonifacio, *Buenos Aires frente al país*, ed. Huarpes, (Buenos Aires, 1946).

(27) MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *La cabeza de Goliat*, ed. Emecé, (Buenos Aires, 1947).

(28) CORBELLINI, Enrique C., *La metrópoli campesina y la colonia urbana*, en *Universidad*, Publicación de la U. N. del Litoral, Nº 20, (Santa Fe, 1948).

Bernardo Canal-Feijóo, desde su Santiago del Estero, aspira a determinar, desde un punto de vista sociológico y con el método de investigación —confiesa— más riguroso posible, dados los elementos de que podía disponer, qué era, qué es, esa realidad mediterránea implicada con la palabra “Interior”, y cuál era la función que tenía, que había tenido, que podía tener, mecánica o metódicamente, en el cuadro del equilibrio o desequilibrio propios de la estructura y el proceso constitucional del país. Esta indagación concretará sus resultados en una Sociología Rural, de la que nos ha anticipado ⁽²⁹⁾ el capítulo de los fenómenos de crisis y desintegración de la comunidad rural; una Sociología Urbana; y el estudio de las interrelaciones sociológicas entre campañas y ciudades mediterráneas, con la síntesis provinciana y, por último, la síntesis nacional.

Sobre sociología urbana también nos ha anticipado Canal-Feijóo ⁽³⁰⁾ una teoría de la ciudad argentina en la que desarrolla una sutil y novedosa interpretación acerca de las fundaciones de ciudades en el siglo XVI, de las “distancias” que mediaban entre ellas, que define como “precisa distancia en que ya cambia la tonada”; la singularidad de la fundación definitiva de Buenos Aires como “ciudad de salida”, la oposición entre ésta y la “Ciudad Mediterránea” y el doble carácter de Buenos Aires como capital política y capital biológica.

Poco, como se ve, es lo realizado hasta ahora en el estudio de nuestras ciudades. Las historias ciudadanas con que contamos no pasan de ser, en su totalidad, crónicas. Algunas apenas llegan a ser anales. Faltan los historiadores de la cultura de las ciudades argentinas, historiadores que no estén al margen de la economía, de la ecología, de la antropogeografía, de la etnología, de la sociología. Porque historiador no

⁽²⁹⁾ CANAL-FEIJÓO, Bernardo, *De la estructura mediterránea argentina*, ed. del autor, (Buenos Aires, 1948).

⁽³⁰⁾ el mismo, *Teoría de la ciudad argentina*, en *La Nación*, (9-I, 6-II, 20-III y 17-IV de 1949).

sólo es el que estudia los archivos, sino el que estudia al hombre integral, que es historia, como dice Ortega y Gasset.

En otros países se ha avanzado algo más en el estudio de las ciudades, pero se está todavía lejos del límite alcanzable. Sólo muy pocas ciudades poseen un libro sobresaliente a ellas dedicado: Florencia, el de Davidsohn y París, el de Pöete, señala Mumford. "No existe, por ejemplo, ninguna buena historia comparativa del gobierno y la administración municipal, al menos que yo conozca —nos dice Mumford (III, 18)—; tampoco se le ha ocurrido a nadie al parecer, escribir una historia de las instituciones municipales que delineara la función y la organización de cada elemento separado en la herencia cívica. Un libro de tal naturaleza aguarda, quizás, que se escriban monografías preliminares sobre el desarrollo histórico del consejo edilicio urbano; de la provisión de aguas corrientes, de la acción oficial en pro de la salud de la población, de las asambleas públicas, de los derechos cívicos, y así sucesivamente, en una escala comparable al estudio existente del Museo, por citar un ejemplo. La falta de conocimiento detallado del sitio y la época de las primitivas apariciones del arquitecto municipal, así como de sus funciones, señala uno de los muchos campos que necesitan ser estudiados en forma adecuada. Es escandalosa la ausencia de las más elementales estadísticas sobre la salud, la mortalidad y las enfermedades en la ciudad y en el campo; para tales estadísticas se utilizan elementos que no admiten comparación por su falta de sentido, tales como el hablar de naciones, evitándose así una aproximación concreta a importantes factores concomitantes. Los estudios sociológicas, correspondiente a los biológicos, en la embriología, la morfología y la fisiología de las ciudades, aguardan a un nuevo cuerpo de investigadores; los exámenes realizados actualmente con fines históricos o geográficos aún se encuentran en la etapa relativa a la búsqueda de datos, pero son deficientes en su alcance analítico. Hace muchísima falta una serie de estudios interpretativos sobre ciudades importantes, avanzando aún más sistemáticamente a lo largo de las

huellas trazadas por el monumental estudio de París, realizado por Pöete. Muchas historias, aún, de ciudades son precívicas y presociológicas”.

Y agrega (III, 20): “En realidad la falta de importantes investigaciones históricas y sociológicas sobre las ciudades sólo se puede igualar a una negligencia similar observada en el campo de la agricultura y del cultivo del paisaje. Estos terrenos han permanecido excluidos de las esferas del interés práctico y erudito durante los últimos siglos, durante los cuales la erudición se agotaba muy a menudo en investigaciones triviales, llevadas a cabo más fácilmente en el aislamiento del estudio o en el refugio de los archivos”.

Lo poco realizado entre nosotros debe ser un incentivo, un acicate, para planear y llevar a cabo los estudios histórico-sociológicos que nuestras ciudades y países urgentemente necesitan, porque estos estudios, cuyos propulsores son estos magníficos congresos interamericanos de historia municipal, serán la base racional y humanista sobre la que nuestros biotécnicos y hombres de Estado levantarán la arquitectura de la comunidad argentina y americana del mañana.

RICARDO ORTA NADAL

NOTA: Con posterioridad a la redacción de nuestro trabajo ha aparecido el importante estudio de Alcides Greca: *Una Nueva Capital para la Nación Argentina*, (Ed. Ciencia, Rosario, 1950). y Bernardo Canal-Feijóo ha recogido en volumen los ensayos de su *Teoría de la Ciudad Argentina*, (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1951).

